

2. ISIDORO ZORZANO: LA VIDA Y EL TRABAJO DE UN INGENIERO

Por ROSA MARIA STORTI

Los colegas del ingeniero industrial Isidoro Zorzano Ledesma hace poco que han pasado los sesenta años; quizá estén cerca de la jubilación. Le recuerdan como se recuerda en la vejez una etapa perfecta de la vida, una especie de juventud del alma. Los técnicos y los obreros que estuvieron bajo su dependencia son más jóvenes; recuerdan al superior que no era tanto un superior, como un amigo que convertía en algo amable el trabajo en común, las relaciones entre dirigentes y trabajadores. Sus alumnos de los cursos de matemática, física y electrotécnica son aún más jóvenes y conservan

sus apuntes recordando cuando él los reunía, incluso en su casa, para darles otras explicaciones, consejos, advertencias, para ayudarles y orientarles. Este era su ambiente.

Colegas, técnicos, obreros y alumnos se daban cuenta, cuando Isidoro Zorzano vivía, de que era un buen ingeniero, un buen profesor, uno que resuelve los problemas con calma; uno de aquellos hombres que consiguen hacerse obedecer, porque ellos saben obedecer; una persona a la que se mira como modelo y como ejemplo, que entra humildemente en tu vida, para entender tus dificultades, tus desánimos, tu perplejidad. A todos resultaba familiar su figura juvenil y esbelta, su carácter alegre y jovial, la eterna sonrisa con que afrontaba todas las cosas de su jornada, como si la fatiga y los obstáculos no le pesaran nunca. Estos son los recuerdos.

Los que estaban más cerca de él no han olvidado el día de sus funerales, en 1943; cuando se dieron cuenta de que se les había unido otra mucha gente, un río de personas de todas las condiciones sociales, una variada multitud

que lo había conocido y tratado y, además, otras muchas personas que sólo habían oído hablar de él.

Isidoro había sido un hombre de bien, como antes había sido un buen muchacho; vivió una vida sencilla, sin episodios notables, una historia como tantas, sin acontecimientos espectaculares. Sin embargo, toda aquella gente reunida en sus funerales no dudaba de pronunciar una palabra: santo, ¿por qué?

Isidoro nació en Buenos Aires el 13 de septiembre de 1902, el tercero de cinco hermanos, hijos de inmigrantes españoles de La Rioja. Sus padres proyectaban nostálgicamente volver a la Patria para hacer estudiar a los hijos en el ambiente donde ellos habían vivido, en Peñaloscintos y en Logroño; luego volverían a Argentina para continuar la actividad comercial de la familia. La vuelta a España ocurrió cuando Isidoro tenía tres años; y fue definitiva a causa de la muerte del padre.

El pequeño crece en su casa de provincia; estudia luego, venciendo las variadas necesidades económicas de una pequeña familia burgue-

sa. Terminado el Bachillerato, se matricula en la escuela de ingenieros industriales de Madrid. La elección ha sido bien pensada, su ideal es claro.

Es un óptimo estudiante, aunque no se distingue por un talento excepcional: estudia tenazmente, con una voluntad fuerte y decidida. No exhibe una religiosidad oficial: pero detrás de una conducta irreprochable se advierte la fe, la meditación, la oración. Es un compañero simpático, como tantas otras personas; pero hay algo más: con naturalidad está siempre dispuesto a ayudar generosamente. Por otro lado aprecia las cosas buenas del mundo y tiene verdadera pasión por la montaña.

La primera etapa importante fue la escuela; la segunda será la profesión. En 1927, después de haber recibido el título de ingeniero, trabaja en Matagorda, en un astillero naval del puerto de Cádiz: un año después comienza a trabajar en la Compañía de Ferrocarriles Andaluces en Málaga. Es un trabajo monótono.

En una calurosa mañana de agosto en 1930, cuando Isidoro está en Madrid, se encuentra

por casualidad con un viejo amigo, compañero de estudios en Logroño: Josemaría Escrivá de Balaguer, que había estudiado derecho y después se había ordenado sacerdote. Dos años antes había fundado el Opus Dei, la Obra de Dios, una asociación apostólica que audazmente invitaba a buscar la santidad a través de un camino nuevo y antiguo a la vez: el de los primeros cristianos, el de la santidad buscada y encontrada en el mundo, a través de la propia profesión y del trabajo de cualquier ciudadano.

Isidoro encontró entonces lo que sería su verdadero camino. Llegaba para él la vocación, la llamada a seguir completamente a Dios sin abandonar su actividad de siempre. Todo se esclarecía: el encuentro con aquel sacerdote no era fortuito. El Opus Dei era su sitio, allí estaba el porqué de aquella paz, de aquella alegría contagiosa que todos advirtieron después en Isidoro.

Para él, desde aquel momento, el trabajo adquirió una dimensión que antes no tenía. Antes había trabajado honradamente, como un buen ingeniero; ahora debía continuar trabajando

así, pero buscando al mismo tiempo hacer del trabajo un instrumento de santificación y apostolado. Se lo había explicado con claridad el Fundador del Opus Dei: las ocupaciones humanas debían ser el medio para identificarse con Cristo.

Isidoro lo había entendido. Después de una mirada de inteligencia, vivaz y alegre, como las de la juventud, los dos amigos se separan y el ingeniero vuelve a Málaga. “Si el Señor me llama, conviene que le diga que sí”, decidió al reemprender su trabajo en los ferrocarriles andaluces.

Aquel “conviene” era el término que usaba cuando quería afirmar su decisión: era parco de palabras, y ni siquiera aquella vez quiso ir a charlar con otro. “Conviene que sirva a Dios, a la Iglesia, a mis hermanos los hombres, siendo fiel a mi vocación a la Obra”. Dios no le pedía que abandonase la profesión que ejercía con tanto gusto; Dios había querido que él llegase a ser un buen ingeniero industrial y él había llegado a ser un buen ingeniero industrial; no estaba por tanto obligado a olvidar todo lo que

hasta ese momento había sido parte de su existencia; es más, ahora debía hacer de eso mismo un tesoro de perfección interior.

Su vida continuó siendo la misma de siempre. Periódicamente recibía cartas del Fundador del Opus Dei y hacía breves viajes a Madrid que le servían para profundizar en el conocimiento de la Obra.

La actividad de Isidoro de 1930 a 1936 se desarrolló en Málaga, “la ciudad roja”. Pero en los ferrocarriles, en el bullir de la inquietud obrera, el ingeniero era estimado por los trabajadores. De este modo, tranquilo y sereno, se sumergía en el ambiente proletario, juzgando que era indispensable vivir *dentro* de la sociedad. Desarrollaba sus actividades libremente, con plena responsabilidad personal. “Somos gente común”, decía, “la verdadera felicidad está en buscar las cosas sencillas, en sentir dentro de sí la paz de haber trabajado bien”.

Decía estas cosas también a los “golfos” que recogía por la calle. Los llevaba al internado para chicos abandonados del padre jesuita Aricarda, les servía la mesa, los acompañaba a ju-

gar al fútbol. No les llevaba en procesiones, ni les obligaba a arrodillarse para rezar; pero cuando les exhortaba a que estudiaran o trabajaran, a que se debía jugar al fútbol con corrección, repetía con energía: “No sirves, si no cambias”. Los chicos no entendían fácilmente esta frase; Isidoro tampoco la había entendido cuando la oyó decir por primera vez a Mons. Escrivá de Balaguer. Pero los muchachos entendían la obligación de hacer las cosas bien, conscientemente, y el sentido de algo que crecía lentamente en sus corazones, acercándoles a Dios. Lo que no entendía nadie era que Isidoro encontrara tiempo para todo.

En 1936 fue transferido a Madrid, siguiendo en los ferrocarriles. Poco después estallaba la guerra civil. Mientras trece obispos, seis mil sacerdotes, y otros tantos hermanos y religiosas y muchos fieles eran asesinados, torturados y maltratados, Isidoro, ciudadano argentino, fue respetado. Le fue así posible desarrollar su actividad profesional y mantener los contactos entre el Fundador y los socios del Opus Dei dispersos en las cárceles, en los refugios, en el

frente, en las embajadas. Para Isidoro no había martirio, no había persecución, no había nada extraordinario: Dios lo había colocado en una normalidad sin grandeza.

El entendía que éste era el plan de Dios: no debía abandonar su puesto en los ferrocarriles, del que era responsable: era su deber social. Cuando tenía alguna hora libre, conseguía víveres para los hambrientos, salvoconductos para los fugitivos, llevaba la Eucaristía –por una autorización especial– a los refugios, a los cuarteles de los soldados enrolados obligatoriamente por el Gobierno.

Cuando terminó la guerra, continuaba en su mesa de trabajo: la primera necesidad eran los proyectos para la reconstrucción de las comunicaciones. Las otras ocupaciones seguían aumentando, y había otra tarea importante: pensar en la reorganización de la Obra. Muy pronto estaría compuesta por gente de todas las razas, de todas las profesiones, en América, Europa, Asia y África, cada una con su cultura, con su educación.

Llegado este momento, después de tres años

de intenso trabajo, Isidoro había podido disfrutar interiormente por haber llegado —él era escalador— a una cima. Tenía delante un amplio campo para explorar, obras meritorias que cumplir, proyectos que realizar. Pero en 1939 enferma. Parece imposible, porque Isidoro, cerca ya de los 40 años, es un hombre sano, robustecido por la vida al aire libre y las escaladas.

Siempre había sido amable, alegre con todos, ¿por qué habría de cambiar ahora? El presunto reuma, los agudos dolores en el tórax son una linfogranulomatosis maligna. El programa de Isidoro no cambia: continuar haciendo bien todas las cosas, soportar bien los dolores, el insomnio, las náuseas, la disnea. “Hace mucho que sabe que puede morir de un momento a otro —comentan años después los médicos—, y, no obstante, está tranquilo; cuando se le dice que está mejor lo agradece con una sonrisa”.

“Conviene —piensa Isidoro— obedecer al Señor, dejar todo e irse a los 40 años, cuando habría aún tanto que hacer. Es como hacer un viaje, cambiar de casa, ser trasladado de un sitio a otro. Aunque sólo fuera para obtener esta

paz en la última hora, vale la pena hacer lo poco que hacemos por el Señor”. Son casi sus últimas palabras.

Muere el 15 de julio de 1943. En Madrid, en la calle, hay un sol reluciente como el de la mañana de verano en la que encontró a su amigo Escrivá de Balaguer y, con él, al Opus Dei.

A 22 años de su muerte, la Santa Sede, tan rigurosa en esta materia, ha hecho dar un paso adelante a su beatificación con una declaración de la Sagrada Congregación de Ritos del 20 de junio de 1965. Será la Iglesia la que diga la última palabra sobre Isidoro Zorzano, laico, ingeniero industrial, socio del Opus Dei.

Por ahora, José Luis Soria, autor de un perfil biográfico de Isidoro, lo considera un ejemplo de un fenómeno ascético y social sin precedentes: “Isidoro era socio del Opus Dei y esta vocación, la de miles de hombres y mujeres de todo el mundo, afirma en la historia de la Iglesia un verdadero y propio reconocimiento de la llamada de los laicos a la santidad. Hoy se leen muchas cosas sobre el laicado basándose en precedentes más o menos remotos o inconsistentes.

La vida de Isidoro no constituye ningún precedente abstracto: es la demostración de que en 1930, fecha de su admisión al Opus Dei, era ya una realidad la existencia de un camino de santificación en medio del mundo, en el ejercicio de cualquier profesión”¹.

ROSA MARÍA STORTI

¹ JOSÉ LUIS SORIA, *Un Carisma di normalità*, en “Studi Cattolici”. Año VIII, XI-XII-1964, n.º 45.

© 1988 by EDICIONES RIALP, S.A., Sebastián Elcano, 30, 28012 MADRID.